

ALFAGUARA



# Violeta en el cielo con diamantes

**Fernando Royuela**

---

1.

Siempre supuse quién desenterró al gato Pitu de la tumba que le dimos bajo los eucaliptos en lo más umbrío del jardín. Violeta sostenía haberlo visto luego encaramado a las ruinas de la casa del río, a ver si de un bocado le arrancaba a un murciélago las alas, pero ella poseía el nervio débil de los que se entusiasman con los asuntos de la ultratumba y creen en la bondad de los aparecidos. Su hermano Isaac era distinto. Tiraba a loco, aunque con esa vena mística de los malvados que fascina y repugna a la vez. Él no se andaba por las ramas del existir. Tan sólo creía en lo que palpaba y rechazaba por ende la supuesta resurrección del animal. «Nadie regresa de la tumba», recuerdo que iba diciendo por la piscina, bello en la noche, sus rizos iluminados con luz de luna; pero a lo mejor estaba equivocado y es al revés.

Siempre tuve la sospecha, pero nunca se lo dije a mi mujer. Tal vez debiera hacerlo ahora, en esta noche rara en la que una suave brisa me encrespa la memoria y me perturba los sentidos. Sufro la extraña sensación de haber vivido antes este instante. Es un *déjà vu* que me atormenta y del que no puedo escapar. Noto el fluir de mis recuerdos igual que si el tiempo se hubiera detenido de repente y lo vivido aquel verano fuera a repetirse y repetirse por toda la eternidad. El yate del rey de España alejándose despacio en el crepúsculo, mis hijas saludándole desde la arena y este escalofrío de quietud infinita, casi amniótica, que propicia el mar al atardecer me devuelven un pa-

sado que yo creía extinguido, pero que parece sin embargo a punto de suceder.

Ya había estado antes en esta playa, tal vez en otra vida, cuando éramos jóvenes y mirábamos ingenuos a la luna. Ya había experimentado esta sensación de desconcierto que ahora me angustia. Ya había intuido la paradoja de tener que enfrentarme a la fantasmagoría de unos recuerdos que todavía estaban por venir. Fue mucho tiempo atrás, en los albores de la adolescencia, cuando el futuro aún me aguardaba muy lejano y parecía nunca ir a llegar. Fluyen sin embargo veloces los años por la materia degradable de los cuerpos y nada permanece salvo un remedo de nosotros mismos. El tiempo se nos escapa de las manos y el pasado, esa sustancia de tinieblas, adquiere las formas imprecisas de las que va nutriéndose el olvido, por eso recordar es a veces terrible, pero a la postre inevitable.

Aquél fue el último verano que pasé con mi padre. Tenía entonces yo catorce años y él, toda la vida por delante. Eso era al menos lo que vinieron a decir las lenguas luctuosas de las plañideras cuando al cabo de los meses la muerte fuera a encontrarse con él, pero el final ocurrió lejos del balneario y yo ya por entonces había intuido que la tumba es un lugar inhóspito del que a veces se vuelve para dar testimonio de la nada que aguarda a los que descreen del más allá.

El cuerpo de los peces mojado en el estanque es lo primero que me acude a la memoria al evocar el hotel al que fuimos a pasar las vacaciones. Isaac metía la mano dentro y los sacaba vivos para mirarlos a los ojos. Coleteaban, aspiraban el aire que no tenían e intentaban zafarse de esos dedos sarmientos que les asían la vida por el lomo hasta quitársela. Aquello era mejor que dejarles dar vueltas por la circunfe-

rencia del estanque día tras día, o eso al menos era lo que Isaac argumentaba para acabar con ellos sin remordimientos. «Los peces no tienen emociones», decía con altivez mientras los sentía en las manos temblar. Él no era como yo, tenía azules las venas de la sangre noble que le corría por dentro; venas aristocráticas de niño malcriado, si bien herido por el mordisco fiero de la tragedia familiar.

La luna parecía inasequible, pero los astronautas acabaron alcanzándola aquel mes de julio. Corría el año 1969, tiempos ya lejanos en los que el mundo simulaba no ir a cambiar. Salimos temprano de casa para hacer el trayecto de un tirón. Entonces las carreteras eran de un solo sentido y adelantar camiones hacía los viajes lentos y peligrosos. Las golondrinas, madrugadas por el hambre, piaban sin cesar. Mi padre apretujó los bultos en el coche y ya con nosotros dentro fue a llenar de gasolina el depósito para no tener que parar al poco de empezar el viaje. A él le agradaba conducir temprano. Decía que el aire de la mañana espabila la inteligencia. No eran golondrinas, sino vencejos los que piaban famélicos por el cielo, pero es igual. Mi hermana no hacía más que llorar de sueño. Tenía cinco años y no sabía nadar aún. Con tanto llanto mi madre perdía la paciencia y le gritaba para que se callase de una vez, pero como si nada.

—Siempre tenemos que salir con el canto del gallo —le decía a mi padre mientras metía los últimos bultos en el maletero—. Qué manía la tuya de hacernos madrugar.

A mi padre por un oído le salía lo que por el otro le entraba. Hacer caso a sus quejas hubiera significado participar de su mal humor, pero él no alcanzaba semejantes grados de caridad. A mi madre las jaquecas le alteraban con frecuencia el ánimo. Tenía además tendencia innata a la apatía y a la depresión nerviosa. Ella amaba el orden y el

---

ser ama de casa le propiciaba un mundo reducido hecho de rutinas y minucias tan sólo interrumpidas por las vacaciones estivales. Aquéllas comenzaron con las golondrinas piando por lo alto del cielo. A lo mejor eran vencejos, pero a los efectos es lo mismo. Los coches de entonces echaban humo negro por el tubo de escape y no había manera de respirar con las ventanillas bajadas. Íbamos lejos, a Galicia, adonde termina la tierra y se le incrusta fiero el mar, en vez de a las playas del Levante como mi madre pretendía. A mi padre le espantaba el calor. Él era médico y sostenía que el frío conserva mejor el cuerpo. Tal vez se equivocaba. «Sudar por sudar no es plan de vacaciones», decía. Mi madre sin embargo gozaba con las playas del Mediterráneo. Se tumbaba en la arena, se untaba de Nivea y se ponía cara al sol a tostarse la piel. Siempre había en casa cierta expectación por ver adónde iríamos en el verano, pero aquéllas fueron las únicas vacaciones que pasamos lejos del sol. Mi madre se acababa saliendo con la suya y mi padre, por no oírla, se plegaba a sus deseos sin rechistar, pero aquel año fue diferente. Él era médico y por entender de enfermedades quiso imponer la hinchazón incurable de su voluntad. Falleció con ese otoño, por lo que no llegó a presenciar la coronación del príncipe Juan Carlos años más tarde, cuando ya muerto Franco le proclamaron rey de España. Nada pudo hacerse por evitarlo. El agua termal tal vez le remediara sus dolencias, pero la muerte ocurre y toda la ciencia médica no sirve entonces más que para invocar a Dios, si acaso, y rezarle padrenuestros sin ton ni son.

El mar caldoso, los chiringuitos con moscas y el sopor regurgitado de las digestiones conducían a mi padre al desánimo vital, y alguien le había hablado de un balneario no lejos de Santiago de Compostela en el que la paz se sustanciaba en un remanso de aguas salutíferas que brota-

ban hirviendo de la tierra. Mi madre hubo de tomárselo a la tremenda, pero al fin y al cabo no era ella la cabeza de familia y aquéllos eran tiempos claros de autoridad marital. «Si te empecinas vamos.»

El hombre alcanzó la luna aquel verano, *small step for the man but a great leap for the mankind*, pero ocurrieron también otros sucesos. Mi madre no sabía inglés, pero ni falta que le hacía. «¡Válgame Dios, a un balneario! En Galicia, además. Aviados estamos. Todo el santo día se lo va a pasar lloviendo, y los niños sin poder salir a jugar.»

El camino era largo y mala la carretera que llevaba a nuestro destino, por eso era preciso armarse de paciencia y rezar a San Cristóbal, que guía bajo su protección a cuantos conducen y a él se encomiendan. En la bandeja de atrás del coche llevábamos un perrillo de mentira al que la cabeza se le enganchaba al cuerpo con un muelle de forma que a cada bote que dábamos la iba moviendo de manera muy graciosa, casi lo mismo que si anduviese vivo sólo que de cartón. Todo el camino se lo pasaba el animal asintiendo y negando con los muchos baches. La obra pública se reservaba en general a los pantanos, a los canales, a los puertos y a otras moles no tan húmedas, pero igual de hisopadas por ese Régimen que tarde o temprano habría de terminar. En los mentideros políticos se especulaba sobre el nombramiento de un sucesor del Jefe del Estado, pero nada cierto había trascendido a la opinión pública, porque nada cierto existía más allá de los dictados del general Franco, que era Caudillo de España por la gracia de Dios.

La gente no viajaba entonces con frecuencia. No había necesidad. Nada se le había perdido a nadie en otros sitios. Además mezclarse no estaba bien visto. Cada cual a lo suyo y sanseacabó, así no se contagiaba la mala idea. Yo veía pasar los campos con las narices pegadas al cristal de